

LAS DE CAÍN

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-943706-7-0

© 2015 Paradimage Soluciones

INDICE

LAS DE CAÍN	5
REPARTO.....	6
ACTO PRIMERO.....	7
ACTO SEGUNDO.....	¡Error! Marcador no definido.
ACTO TERCERO	¡Error! Marcador no definido.

PROLOGO A LA EDICIÓN DIGITAL

Los hermanos Álvarez Quintero Nacieron en Utrera, Serafín el 26 de marzo de 1871 y Joaquín 20 de enero de 1873.

Se instalaron en Sevilla, donde vivieron bastante tiempo como empleados de Hacienda, mientras colaboraban en diversas publicaciones como El Diablo Cojuelo, pero a la vez empezaron a escribir obras de teatro. En 1888 estrenaron su primera obra, Esgrima y amor en el teatro Cervantes de Sevilla. Fue su primer éxito y esto los impulsó a dirigirse a Madrid, donde la fortuna de nuevo les sonrió. La colaboración entre ambos hermanos duró toda la vida. Estrenaron innumerables sainetes, libretos de zarzuela, piezas cómicas y dramas pero su mayor éxito lo consiguieron a causa de su gran talento cómico.

Fueron miembros de la Real Academia de la Lengua Española.

Serafín murió en Madrid el 12 de abril de 1938, y su inseparable hermano Joaquín siguió escribiendo en nombre de los dos, y falleció el 14 de junio de 1944.

En este volumen presentamos **Las de Caín** comedia en tres actos en las que Don Segismundo Caín, padre de cinco hijas, utiliza todas las argucias que se le ocurren, con el beneplácito de su mujer, con la finalidad de ver a sus hijas casadas.

Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en

www.paradimage.com

LAS DE CAÍN

COMEDIA
en tres actos

*Al insigne maestro de la novela
y del teatro*

Don Benito Pérez Galdós

sus apasionados

admiradores y devotísimos amigos

los autores

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

REPARTO

DOÑA ELVIRA HORCAJO DE CAÍN	Irene Alba
ROSALÍA	Nieves Suárez
MARUCHA.....	Concha Ruiz
ESTRELLA.....	Mercedes Pérez de Vargas
AMALIA	María Carbone
FIFÍ	Esperanza Bedoya
DOÑA JENARA.....	Julia Martínez
BRÍGIDA	Ana Quijada
DON SEGISMUNDO CAÍN Y DE LA MUELA	José Santiago
EL TÍO CAYETANO	Rafael Ramírez
ALFREDO	Manuel González
MARÍN.....	José Calle
PEPÍN CASTROLEJO	Ernesto Vilches
TOMÁS.....	Juan Catalá
UN GUARDA.....	Pedro Zorrilla
EMILIO VÁZQUEZ	Antonio Suarez
UN BARQUILLERO	Emilio Ruiz
UN LACAYO	N.N.
UN POLLITO	Emilio Ruiz

ACTO PRIMERO

Pequeña glorieta entre las alamedas frondosas de un paseo público, en Madrid. Tres bancos de piedra: dos de ellos en el primer término de la derecha y de la izquierda, y uno al foro. Es por la mañana, en el mes de abril.

(Tomás está sentado en el banco de la derecha del actor, estudiando en unos apuntes. Es un jovenzuelo de la clase media, que viste sencillamente y sin aliño alguno.)

Tomás. Después de un rato de lectura. ¡Qué pesado es esto!... ¡Qué opio!... ¡Lo que me importará a mí que paguen o no paguen derechos de aduanas las esponjas! Deja los apuntes sobre el banco ^ y se pone a cantar una cancioncilla ligera, para explayar su espíritu.

(El Guarda del paseo sale por la izquierda y se dirige a él.)

Guarda. Buenos días, señorito.

Tomás. Buenos días.

Guarda. Usté despense una pregunta.

Tomás. Si no ha de ser del programa, venga.

Guarda. ¿Esas señoritas, usté me comprende, que vienen a esta glorieta muchas mañanas, y que ayer también estuvieron, me comprende usté, sabe usté si han perdido aquí alguna cosa?

Tomás. Hombre, sí: echaron de menos un abanico.

Guarda. Un abanico. ¿Usté lo conoce?

Tomás. Es posible.

Guarda. A ver si es éste por un casual.

(Le da uno que trae guardado.)

Tomás. Sí, señor: éste es. Tiene aquí el nombre de la dueña.

Guarda. Pues si el señorito quiere hacerme el favor de entregárselo...

Tomás. Ya lo creo. Y muchas gracias.

Guarda. No las merece, señorito. Es el deber de uno, en conciencia. Porque si uno, ¿usted me comprende? se encuentra una cosa que no es suya, ¿me comprende usted? uno, ¿usted me comprende?...

Tomás. ¡Vaya si lo comprendo a usted!

(Le da una propina.)

Tome para unos cigarrillos.

Guarda. Se estima. No quería yo nada; pero se estima. Porque ya sabe el señorito que lo que caiga en mis manos seguro lo tiene. Lo mismo le entrego a usted esa porquería de abanico que una alhaja de precio.

Tomás. Ya, ya.

Guarda. *(Mirando hacia la derecha del foro.)*

¡Anda con Dios! ¡Qué bestias son algunas! Y no es criticación.

Tomás. ¿Por qué lo dice?

Guarda. ¡Arrepere usted en aquella niñera! Ya se sentó en el verde. Ni que la regañe ni que no, toas las mañanas ha de hacer lo mismo. ¡Al verde! Parece que en lugar de chicos trai borregos.

(Chillándole y yéndose hacia ella.)

¡Eh! ¡Señora! ¡Que no está usted en su casa! ¡Señora!

(Por la izquierda del foro llega Pepín Castrolejo, antes que desaparezca el Guarda. Es un gomosillo adinerado, de poquísimo fósforo en la mollera y con pretensiones de hombre de mundo.)

Pepín. Hola, Tomás.

Tomás. Hola.

Pepín. ¿No han venido las niñas todavía?

Tomás. Todavía no.

Pepín. Bueno, vamos a ver: ¿cuál es el colmo...?

Tomás. Hombre, ¿ya empieza usted con colmos y con chistes?

Pepín. ¡Si no tengo otra cosa que hacer! Éste me ha desvelado toda la noche. Se me ocurrió al meterme en la cama, y no lo he podido dejar. ¿Cuál es el *colmo*...? No; no... Por más que sí... ¿Cuál es el *colmo* de la costurera interesada?

Tomás. ¡Qué sé yo!

Pepín. Fíjese usted, hombre: el *colmo* de la costurera interesada.

Tomás. No lo acierto; no.

Pepín. ¡Hacerle el amor a un guarda-agujas! ¡Jeeeee!

(Se He de una manera muy peculiar, como siempre que tiene algún chispazo de ingenio.)

Tomás. ¡Vamos!

Pepín. Esta tarde lo digo en el Círculo y me tiran por el balcón. ¿Y usted estaba estudiando?

Tomás. Por matar el tiempo, mientras viene la novia...

Pepín. ¿Se prepara usted para Aduanas, eh?

Tomás. Todos los años me preparo para alguna cosa. Pero no me presento nunca. Usted calcule: siempre son tres o cuatro mil opositores y cuatro o cinco plazas ¿Y va a estar una de las cuatro o cinco esperando a que yo llegue y la coja? ¡Eso es soñar despierto!

Pepín. Entonces, ¿para qué se prepara usted?

Tomás. Si en realidad no me preparo: hago que estudio, por no disgustar a mi madre. Y me dedico a hablar con la novia. En la vida se aprende más que en los libros.

Pepín. ¡Oh! ¡Qué peste de libros! Los libros son para los sabios. Yo, gracias a Dios, acabé ya mi carrerita, y no perderé la vista leyendo, como no sean novelas verdes. ¡Jeeeee!

Tomás., ¿Qué carrera tiene usted?

Pepín. ¡Vaya una pregunta! La de abogado. Me consiguió papá un pase de ferrocarriles, y he visto todas las Universidades de España. Lo que yo le decía a papá: ¡esto sí que es una carrera! ¡Jeeeeee!

Tomás. Como que no se puede estudiar. Y menos cuando se acerca mayo, que es cuando suele hacer más falta. ¡Se pone Madrid que no hay quien coja un libro! ¡Qué cielo! ¡Qué muchachas! ¿Qué tal lleva usted sus pretensiones?

Pepín. Viento en popa a toda vela. Yo de leyes no sabré, pero de estos lances...

Tomás. Donde tiene usted que venir es a la casa, por las noches. ¡Son unas tertulias deliciosas!

Pepín. ¿Sí, eh? ¿Se juega al escondite?

Tomás. Se juega, se juega. Y cuidado que la mamá se cala a lo mejor las gafas negras, y no sabe usted cuándo lo está mirando.

Pepín. ¡Jeeeeee! ¡Lo que me gustan a mí esos detalles! ¿Qué tiempo lleva usted de relaciones con Amalia?

Tomás. Cinco o seis meses. La pretendí por no estudiar; entré en relaciones con ella por no estudiar... y vengo aquí algunas mañanas y voy a su casa de noche, por no estudiar.

Pepín. Pues yo, la verdad, amigo — confianza por confianza, — me he acercado al río por ver lo que se pesca, naturalmente. No se vaya usted a figurar que soy tan tonto como para tomarlo en serio.

Tomás. Ah, pues viva usted alerta.

Pepín. ¿Alerta?

Tomás. ¿Usted no tiene noticias de esa familia?

Pepín. Muy pocas. Sé que don Segismundo, el papá — ¡qué gran tipo! — es profesor de lenguas vivas, y que las niñas son muy cursilitas, las pobres.

Tomás. Pues veo que está usted en ayunas. ¡Las de Caín son famosas en todo Madrid! Mire usted, es tradicional: muchacho que entra en aquella casa, ése ya no sale soltero.

Pepín. ¡Caramba!

Tomás. Así, así. Las hermanitas eran ocho. Pues sólo en el año pasado se casaron tres.

Pepín. Y, ¿usted no tiene miedo?

Tomás. Yo, ninguno. Si fuera un partido, lo tendría; ¡pero si soy una calamidad! Sin dinero, sin carrera, sin ganas de estudiarla, ¿qué padre me va a querer a mí para una hija? Sobre que, en último caso, lo mismo se me da casarme que no casarme: ¡con tal de no hacer oposiciones, todo va bien!

Pepín. ¡Ay, qué gracia!

Tomás. Pero usted, que es hombre de cuartos, y de posición, y de... ándese con ojo.

Pepín. No sea usted criatura, Tomás. Bueno, como usted apenas me conoce, no sabe la clase de punto que soy yo. Pregúntele usted a los camareros de la Bombilla. ¿Qué apostamos a que hoy me declaro a la niña esa... y el mes que viene ya he pasado del primer capítulo?

Tomás. Usted allá.

(Se presenta por la derecha del foro, paseando reposadamente, el Tío Cayetano. Es un señor omnipotente, que está hueco. A un pájaro que mire en la rama., es para brindarle protección. Viste bien, pero a gusto del sastre. A pocos pasos lo sigue un Lacayo, con un gabán de entretiempo al brazo.)

Tío Cayetano. *(Reparando en Tomás.)*

¡Oiga! ¡Qué encuentro más inesperado! ¡Tomasillo!

Tomás. Acercándosele. ¡Señor don Cayetano! ¿Cómo está usted?

Tío Cayetano. Bien, ¿y tú, perillán?

Tomás. ¡Se vive! A dar un paseíto, ¿no?

Tío Cayetano. Y a tomar mi vaso de leche. Yo, desde que entra abril, ya se sabe: como se me ocurra pasear alguna mañana, no perdono mi vaso de leche. ¿Y tú?

Tomás. Esperando a la novia.

Tío Cayetano. Me lo había figurado. Yo también he tenido tu edad.

Tomás. Suele venir toda la familia algunas mañanas, y nos apropiamos esta glorieta, que está muy agradable.

Tío Cayetano. Eso iba yo a decirte: que está muy agradable esta glorieta. Luego volveré yo por aquí a saludar a los parientes.

(A Pepín.)

¿Usted es hijo de mi amigo Manolo Rebolledo?

Pepín. No, señor; no tengo ese gusto.

Tío Cayetano. ¡Pues se le parece usted muchísimo!

Tomás. Creí que se conocerían ustedes.

(Presentándolos)

Don Cayetano de la Banda. Pepín Castrolejo, como se le llama en todas partes.

Tío Cayetano. ¡Ah! ¡Castrolejo! ¿Es usted hijo de mi amigo Pepe Castrolejo?

Pepín. Servidor de usted.

Tío Cayetano. ¡Pues también se le parece usted muchísimo!

(Dándole la mano.)

Puede usted mandarme como quiera. Y tú, Tomasillo, a ver cuándo me pides un favor, que me eres muy simpático.

Tomás. Gracias.

Tío Cayetano. ¿Gustan ustedes de tomar conmigo mi vaso de leche?

Pepín. Gracias.

Tomás. Muchas gracias.

Tío Cayetano. Mandar.

(Se va por la izquierda seguido del pobre Lacayo.)

Pepín. ¿Quién es este pavo real, compañero?

Tomás. Supuse que se lo sabría usted de memoria. Éste es el famoso tío Cayetano.

Pepín. ¡Ah!

Tomás. ¿No le ha oído usted nunca a doña Elvira hablar del corazón del tío Cayetano?

Pepín. Sí, hombre, sí.

Tomás. Pues ahí lo tiene usted.

Pepín. ¡Qué bombos le da doña Elvira a toda la familia! ¡Jeeeee!

Tomás. Ah, sí. ¡Y qué besos! Este fantasmón es hermano de una cuñada de ella, y hombre influyente; tan influyente como rico. Fue ministro un cuarto de hora. Tomándose medida del uniforme le sorprendió la crisis.

Pepín. ¡Jeeeee!

Tomás. Le engorda, como habrá usted notado, proteger al prójimo, y para las sobrinas es una verdadera lotería. La historia de todos los solterones. Siempre que usted les vea trapitos nuevos o alguna alhajilla, atribúyaselos al Tío Cayetano. Porque las lecciones de idiomas de don Segismundo, y las traducciones de novelas, no dan para ciertos perfiles.

Pepín. Allí vienen. Las cinco hermanas, el papá y la mamá.

Tomás. Sus futuros suegros de usted.

Pepín. ¡Un demonio! ¡La trampa en que haya de caer yo, no se ha fabricado todavía! ¡Jeeeee!

Tomás. ¿Vamos a salirles al encuentro?

Pepín. Vamos.

(Se van por la derecha. El Guarda aparece en dirección opuesta y se cruza con ellos. Viene liando un cigarrillo.)

Guarda. ¡La pacencia que es menester pa ser guarda de un paseo público! Cuando no son niñeras, son amas, y cuando no son amas, son estitutrices. Pero ¡anda! que to se pué pasar bien menos los edilios. ¡Los edilios me atacan la bilis! Y esta que viene aquí es la familia de los edilios. ¡Pacencia! Haber nació estatua, que ésas lo ven to tranquilamente.

(Se marcha por el foro, volviendo la cara hacia la derecha.)

Llega, en efecto, la anunciada familia de los «edilios»: don Segismundo Caín y de la Muela, doña Elvira Horcajo de Caín y sus bellas hijas Rosalía, Marucha, Estrella, Amalia y Fifí. Las cinco visten sombreros y trajes de la misma forma. Rosalía y Marucha de un color, y las otras de otro. Todo ello cuidadito y pulcro: sin pretensiones; nada cursi.)

(La mamá, que frisa con los cuarenta y cinco años, se retoca y acicala todo lo que puede, dentro de su modestia. Aunque ha tenido ya ocho hijas, se conserva tan tiesa y firme, que bien pudiera tener otras ocho.)

(El señor Caín pasa de los cincuenta. Su rostro es bonachón y dulce; más bien que de Caín, parece de Abel. Usa chaqué, hongo de copa plana, botines y unos pantalones bien anchos. En la mano izquierda trae un libro y varios periódicos, y en la diestra un bastón, regalo del tío Cayetano.)

(Tomás vuelve de palique con Amalia, y Pepín Castrolejo con Estrella. Estos últimos ríen más que hablan. Los unos se sientan a poco en el banco de la derecha, y los otros en el de la izquierda. Don Segismundo y doña Elvira en el del foro.)

Rosalía. *(Como buscando a alguien.)*

¿Pero se ha escondido ese tonto?

Tomás. ¿Quién?

Rosalía. Alfredo.

Tomás. ¿No le he dicho a usted que no ha venido aún? ¿Piensa usted que es broma?

Marucha. *(En un tono mimosito, lleno de malicia y coquetería, que es característico en ella.)*

La tiene tan mal acostumbrada...

Don Segismundo. *(Recreándose en las enamoradas parejas.)*

¡Ay, ay, ay!

«Au corps sous la tombe enfermé
que reste-t-il? D'avoir aimé
pendant deux ou trois mois de mai.»

¿No te parece, Elvira?

Doña Elvira. No te he entendido, Segismundo.

Tomás. Ni yo tampoco. ¿Es latín?

Don Segismundo. *(Siempre lisonjero con el prójimo que le conviene.)*

¡Ja, ja! ¡Donosa pregunta! ¡Latín!

(Traduciendo.)

«¿Qué le queda al cuerpo en la tumba?
Haber amado durante dos o tres primaveras.»

¿Es oportuna la cita, sí o no?

Pepín. ¡Extraordinariamente oportuna!

Tomás. ¡Ya lo creo que lo es!

Estrella. Salvo lo de la tumba, papá; que no tiene a nada.

Rosalía. *(Impaciente.)*

¿Pedro y Alfredo? ¿Qué le habrá sucedido a Alfredo?

Doña Elvira. Mujer, ya sabes que no falta jamás. Alguna razón habrá tenido el chico para retrasarse.

Don Segismundo. Poderosa habrá sido seguramente; porque a Alfredo lo comparo yo con Amadís de Gaula.

(Se dedica a leer sus periódicos.)

Marucha. Anda tú, Rosalía; no pienses más en Alfredo; ya vendrá

Alfredo. Vamos a dar un paseíto hasta la Fuente. No me digas que no.

Rosalía. ¡Vamos hasta la Fuente! Y si llega Alfredo mientras tanto, que me aguarde. ¿No lo estoy esperando yo a él?

Marucha. ¿Vienes con nosotras, Fifí?

Fifí. *(Sollozando y acompañando su negativa con movimientos de cabeza.)*

No... que no voy...

Marucha. ¿Por qué?

Fifí. Porque... no... no voy...

Rosalía. Pero ¿qué te pasa, Fifí?

Fifí. Que antes... antes... me dijo Marucha... que no me quería...

Marucha. ¡Pero te lo dije de broma!

Rosalía. ¡Pues claro! No seas tonta, Fifí.

Marucha. Acompáñanos, y por el camino te diré que te quiero más que a ninguna.

Fifí. Entonces... vamos.

Rosalía. Vamos, vamos.

Doña Elvira. No os alejéis mucho. Hasta la Fuente nada más.

Tomás. *(Levantándose un momento del lado de su novia.)*

Ah, Maruchita.

Marucha. ¿Qué?

Tomás. El abanico que había usted perdido.

Marucha. ¿Pareció?

Tomás. El guarda lo tenía. Me he estado abanicando con él, y me ha contado dos o tres secretillos.

Marucha. ¿Míos?

Tomás. De usted. Y que pican que rabian.

Marucha. ¡Ay, qué malo es usted, Tomás! Amalia, tu novio es muy malo; me está diciendo cosas malas. Dile que no me diga cosas malas.

Amalia. ¿Qué te ha dicho?

Tomás. La verdad: que su abanico me ha contado unos cuantos secretos terribles.

Amalia. ¡Pues sí que hay para mandarte a presidio!

Marucha. Es muy malo, muy malo. Ten cuidado con él, que es muy malo.

Rosalía. Y tú eres tan tonta como

Fifi. Deja en paz a éstos, y vente.

(A Fifi.)

¡Anima tú esa cara, chiquilla! ¡Jesús, qué pavisosa! ¿A que no me alcanzáis?

(Echa a correr y se va por la izquierda.)

Marucha. ¿A que sí?

(Corre tras ella vivamente.)

Fifi. *(Afligidísima.)*

¡Papá... papá!... ¡Que me dejan sola!

Don Segismundo. Pues, hija, corre; que tú estás en la edad más que ellas.

Doña Elvira. ¡Pobrecita mía! Ven acá. Fifi; ven acá. Ven que te abroche este automático de la falda.

(Lo hace.)

Y ahora dame un beso.

(La besa con gran efusión, como siempre que besa esta señora.)

Ea, corre con tus hermanas.

(Fifi se va sin alterarse grandemente.)

¡Ángel mío! ¡Qué corpachón ha echado! ¡Y qué monísima está! ¡Qué mona! ¿Verdad, Segis?

Don Segismundo. Muy mona, muy mona.

Doña Elvira. ¡Y tan inocentita como se conserva!

(Saca las gafas negras de que Tomás ha hablado, y se las cala, por si las novias y los novios no son ya tan inocentes como Fifi.)

¡Jesús! ¡Cómo me molesta el resol!

Don Segismundo. Elvira, tienes que cuidarte esos ojos, que me trastornaron un tiempo.

Doña Elvira. ¡Ay!... ¡Qué tiempo, Mundo!

Don Segismundo. No evoques...

Tomás. (*Bajo, a Amalia.*)

Ya se caló tu mamá las gafas negras, y ya estoy yo nervioso.

Amalia. Simple, si se las pone para ver menos.

Tomás. Sí, sí.

Amalia. Pero qué poco galante eres.

Tomás. ¿Por qué?

Amalia. Porque traigo el peinado que a ti te gusta, y no me has dicho una palabra.

Tomás. ¡Es verdad! Perdóname.

Amalia. ¿Me está bien?

Tomás. ¡Te está para comerte!

Amalia. ¿Y las uñas? Míralas: parecen espejos. Puedes verte en ellas.

Tomás. ¡Como que dan ganas de comerse los deditos con chocolate!

Amalia. Chico, qué hambre tienes.

Tomás. En cuanto te veo se me despierta.

Amalia. Pues mucho cuidado con las gafas negras de mamá.

(*Atraviesa el Guarda de izquierda a derecha, mirando con indignación contenida a los tres grupos.*)

Pepín. Vamos a ver: ¿cuál es el *colmo* de la dicha de un pretendiente?

Estrella. (*Con vehemencia y cierta afectación nerviosa de que hace siempre gala.*)

Ay, por Dios, Pepín, cálese usted ya. Es usted incansable. ¿Cómo ha dicho usted?

Pepín. El *colmo* de la dicha de un pretendiente.

Estrella. No caigo; soy muy torpe.

Pepín. Pues que le dé su pretendida un sí... con *colmo*. ¡Jeeeee!
(*Se ríe según costumbre, y ella lo secunda como si el efecto hubiera dicho una gracia.*)

Estrella. ¡Jesús, qué diablo de hombre! ¡Qué cosas idea! Estoy ya mala de reír. Y yo me temo: cuando me pongo a reír así, me temo. En el teatro, como lo que den sea de risa, llamo la atención. Me temo; me temo. Soy tan nerviosa, ¿sabe usted?... que no sé contenerme. Me temo.

Pepín. Dichoso yo, que le he caído a usted tan en gracia.

Estrella. Sí, por cierto; me es usted muy simpático.

Pepín. Todo se pega, ¿no?

Estrella. Y le advierto a usted que traía poquísimas ganas de risa. Si no es porque usted me esperaba no vengo hoy.

Pepín. ¿Y eso?

Estrella. He pasado una noche muy mala.

Pepín. Pues que sea enhorabuena.

Estrella. ¿Enhorabuena?

Pepín. Si la noche era mala y la ha pasado usted... ¡Ojalá me ocurriera a mí lo mismo con un duro que nadie me toma! ¡Jeeeee!
(*Vuelta a la risa de los dos.*)

Estrella. (*Levantándose de pura admiración.*)

¡Es usted de lo que no hay! ¡Papá, papá: le digo a Pepín que he pasado muy mala noche, y me felicita porque era mala y la he pasado! ¡Como si fuera una moneda! ¡Ja, ja, ja!

Don Segismundo. (*Dándose con los dedos de una mano en el dorso de la otra, en son de aplauso.*)

¡Ja, ja! ¡Mucho; mucho! Eso es de buena ley. ¡Mucho; mucho!

Doña Elvira. Esta Estrella, Pepín — ¡hija de mi vida! — se vuelve loca con las ocurrencias de usted. Como es usted tan ingenioso...

Pepín. No... por Dios... Es que son ustedes muy amables conmigo. A Estrella, que ha vuelto a sentarse. ¿Y se puede saber por qué ha pasado usted tan mala noche? Sin chistes ahora.

Estrella. Psche... Ha habido de todo... ¡Unos sueños!... ¡unas pesadillas!... Y mucho desvelo. Y yo me temo cuando me desvelo; me temo. Porque es un desate de la imaginación y de todo el sistema nervioso... que ya le digo a usted: me temo; me temo. ¿Usted duerme bien?

Pepín. Siempre. Y desde que tengo el gusto de tratarla a usted, mejor todavía.

Estrella. ¿Sí? ¿Por qué?

Pepín. Porque *da usted el opio*. ¡Jeeeee!

(Nuevas risas.)

Estrella. ¡Ay, pero por María Santísima, pero qué hombre, pero qué ingenio, pero qué torrente...pero qué cosa!

Pepín. Se conoce que me inspira usted; que es usted mi musa.

Estrella. Usted tendrá la misma chispa con todas. ¿Ha estado usted alguna vez enamorado?

Pepín. ¿Enamorado? Infinitas veces. Unas más graves que otras; pero infinitas veces. Cosa de atarme, sólo una.

Estrella. Cosa de atarlo, dice...

Pepín. ¿y usted, ha querido a alguien en este mundo?

Estrella. ¡Ni lo permita Dios, Pepín! No me hable usted de amores. Me temo; me temo enamorada. Soy una mujer que tiene un corazón tan ardiente, y que quiere de un modo, Pepín, que me temo; me temo.

Pepín. Pues... de amores deseaba yo hablar con usted hoy mismito.

Estrella. Mire usted que me temo, Pepín; que me temo.

Pepín. Mejor. ¿Y a mí, me teme usted?

Estrella. A usted, no; es usted un buen amigo mío...

Pepín. ¿Y si aspirara a ser algo más?